

EL HERMANO MAYOR JUSTO EN SÍ MISMO: El Arrepentimiento en Lucas 15:25-32

Por Zane C. Hodges

Tal como hemos visto en mis dos últimos artículos en *La Gracia Enfocada*, Lucas 15 no es de ninguna manera sobre el arrepentimiento de personas no salvos. Por el contrario, el capítulo es acerca del arrepentimiento y restauración de los cristianos que han ido muy lejos del Pastor y su rebaño (15:4-7), del lugar y papel que desempeñan en la iglesia cristiana (15:8-10), y de la comunión con Dios, su Padre Celestial (15:11-24). La sección final de Lucas 15 nos provee una añadidura vital e instructiva, para la enseñanza de nuestro Señor sobre el arrepentimiento cristiano.

Al regresar el hermano mayor del hijo pródigo del trabajo en el campo, él oye los sonidos de la celebración en la casa y, al preguntar, se le informa del por qué: “Tu hermano ha venido; y tu padre ha hecho matar el becerro gordo, por haberle recibido bueno y sano” (15:27). Al hermano mayor no le gustó para nada esta información de la fiesta que su papá daba por el hermano menor. De hecho, “Entonces se enojó, y no quería entrar” (15:28). Como sus siguientes palabras le hacen claro, él no está realmente enojado con el *hermano*, sino con su *padre* por darle al hermano menor tan suntuosa bienvenida. Brevemente, él no comparte la alegría que su padre siente en esta ocasión. Así, el hermano mayor representa una clase de cristiano cuya actitud hacia el hermano descarriado es mucho menos amorosa que la de Dios, su Padre celestial. Los sucesores del hermano mayor en esta parábola han sido numerosos en el transcurso de la historia de la Iglesia. Veamos esta actitud más cuidadosamente.

El padre de este hermano furioso es lo suficiente condescendiente para venir y hablarle, y el papá “le rogaba” que participara en la fiesta (15:28). Aunque él bien le hubiera podido ordenar a su hijo entrar a la celebración, eso hubiera estado fuera de lugar según lo especial de la ocasión. Dios mismo, por supuesto, no tiene la intención de ordenarnos que sintamos alegría cuando un cristiano extraviado es restaurado, porque el verdadero gozo debe ser necesariamente espontáneo. No se necesita recordar que tal gozo debe provenir siempre de la actividad del Espíritu Santo en nuestros corazones.

No Debemos Sobrestimar Nuestro Trabajo

La queja del hermano mayor nos enseña mucho. Él principia con la afirmación de cómo ha sido fiel al trabajo de su padre al decir: “He aquí, tantos años te sirvo, no habiéndote desobedecido jamás” (15:29a). Claramente este hermano está bastante satisfecho con el desempeño de sus deberes en la finca. Claro, él *había* trabajado para su padre durante un largo tiempo, pero tal vez se nos permite dudar de su amplio reclamo de que él “nunca jamás” había desobedecido a su padre. En realidad, él nunca había dejado el hogar como su hermano había hecho, pero afirmar que él nunca violó un mandato del padre era, sin duda, asegurar demasiado.

Los cristianos que han servido por un largo tiempo al Señor corren el tremendo riesgo de caer en la trampa tanto psicológica como espiritual en la cual este hermano mayor fue agarrado. Podemos escudriñar ampliamente los años de servicio como dignos de alabanza mientras olvidamos convenientemente los numerosos fracasos, grandes y pequeños, que han ocurrido durante esos años. Aun sorprende cómo cristianos dedicados se indignan tanto algunas veces por las derrotas de otros en la iglesia cuando, de hecho, quizás hace años ellos mismos tenían la misma clase de fracasos o parecidos. Al criticar a otros, muestran una falta

de paciencia o compasión de la clase que ellos mismos una vez necesitaron tanto de Dios como de otros creyentes. El peligro de llegar a ser justos en nosotros mismos en nuestro compromiso cristiano es muy real, y nuestras mentes a menudo convenientemente obstruyen los recuerdos que podrían seriamente desinflar nuestra perspectiva de estar satisfechos en nosotros mismos. En realidad, algunas veces podemos aun olvidar nuestros *presentes* fracasos y deficiencias.

No Debemos Criticar Lo Que Nuestro Padre Hace

Esta actitud es lo suficiente mala, pero el hermano mayor ahora va más allá con lo que llega a ser una acusación contra su padre. Porque ahora este hijo justo en sí mismo declara: “[Yo hice todo esto] y nunca *me* has dado ni un cabrito para gozarme con mis amigos” (15:29b; letra itálica añadida). Semejante a toda la gente satisfecha en sí misma, este hermano siente que su padre le ha dado menos de lo que se merece. No solamente nunca se ha matado el becerro gordo para él, ¡sino que nunca se le ha dado un *cabrito* para una fiesta! De la misma manera, los cristianos justos en sí mismos a menudo se sienten ofendidos porque Dios no los ha bendecido o no los ha recompensado más abundantemente de lo que hasta ahora ha hecho. ¡De hecho, si hay alguna situación dura en la vida de la persona que se cree justa, ella o él toma la actitud de que merece “mejor que esto” de parte del Dios a quien [piensa ella o él] ha servido tan fielmente!”

A tales personas les hace falta por completo el espíritu que nuestro Señor Jesucristo ordenó a sus discípulos cuando dijo: “Así también vosotros, cuando hayáis hecho todo lo que os ha sido ordenado, decid: Siervos inútiles somos, pues lo que debíamos hacer, hicimos” (Lucas 17:10). Obviamente esto es tan diferente de la arrogancia con la que el hermano mayor critica a su padre.

Hay cierta ironía en el hecho de que el hermano mayor no expresa el deseo de “gozarse con” su *padre*, sino que más bien él quiere hacer fiesta con sus *amigos* (v. 29). Él pierde contacto con el corazón de su padre en esta ocasión y no piensa desde el punto de vista de participar de la alegría de su padre, sino simplemente hacer algo con otras personas que tienen el mismo parecer de él. ¡En realidad esto es una trágica perspectiva!

Tristemente, el cristiano que se cree muy justo a menudo se siente cómodo en compañía de otras personas que se creen justos en sí mismos con quienes pueden pasar tiempo lamentándose del miserable estado espiritual de la iglesia, las faltas de otros creyentes, etc. Si Dios mismo entrara de pronto en medio de la reunión de tales personas, les mataría el gozo de criticar porque la actitud de estos críticos súper-justos está tan lejos de la de un Padre celestial y amante quien desea fuertemente el regreso de sus hijos extraviados.

Debemos Poner Atención a la Amable Reprensión de Nuestro Padre

La reprensión que el padre da a su hijo mayor enojado es amable pero firme: “Hijo, tú siempre estás conmigo, y todas mis cosas son tuyas” (v. 31). “¿Has olvidado las ventajas que tienes?” el padre le pregunta. “Tú disfrutas de mi presencia todo el tiempo, y también eres mi heredero.” Con estas sencillas palabras, el padre hace resaltar el agudo contraste que hay entre su hijo menor y el mayor. El menor *había dejado* la presencia de su padre por un largo tiempo, acumulando todos los estragos de su estilo de vida perdida. Además, había derrochado su herencia porque el dinero que había pedido y gastado era la parte del dinero que le correspondía (véase 15:12). La herencia del hijo mayor estaba aún intacta por completo. Él no necesitaba tener rencor y celos sólo porque su padre estaba celebrando el

regreso de su hijo arrepentido. Las desventajas de esos años perdidos eran muy reales para el pródigo. El hermano mayor estaba en una mejor posición simplemente porque él había permanecido en el hogar.

No hay ninguna razón para que creyentes se resientan cuando un cristiano extraviado regresa al redil. Tales cristianos han tenido una pérdida real y palpable que los cristianos obedientes no experimentan. Ellos han desperdiciado “los tesoros en el cielo,” los cuales pudieron aumentar durante los años de extravío. Además, dejaron de experimentar la presencia de Dios, porque aunque él siempre estaba con *ellos*, ellos no estaban con *él* en el sentido de gozar su compañía e instrucción. En cuanto más tiempo un cristiano viva su vida lejos de Dios, más evidentes llegan a ser estas pérdidas. Pero queda una triste realidad, que aun después del arrepentimiento, no podemos regresar el reloj y volver a vivir esos años perdidos. Es bueno para el cristiano obediente recordar este hecho, que por muy grande que sea el regocijo por el regreso del hermano, no se puede borrar las pérdidas.

Las palabras finales del padre son: “Mas era necesario hacer fiesta y regocijarnos, porque este tu hermano era muerto, y ha revivido; se había perdido, y es hallado” (v. 32). Las palabras “era necesario” correctamente comunican el sentido del verbo griego. El padre arguye que de acuerdo con la situación, la alegría es por completo correcta. “Porque *tu hermano*,” dice el padre, “estaba casi muerto para ti; lo habías perdido.” Pero ahora “tu hermano” está “vivo” y es “hallado”—es decir, él es otra vez parte de tu vida. Pareciera innecesario decir que ésta es una súplica al amor fraternal, pero lo es.

De hecho, al referirse a su hermano, el mayor lo había llamado “¡este tu hijo!” y lo había condenado vigorosamente porque él había “consumido tus bienes *con rameras*” (v. 30; letra itálica añadida). Pero ¿cómo sabía él de las rameras? ¡Ni siquiera había hablado con su hermano! Su actitud para con su hermano extraviado es de juzgar severamente. Piensa lo peor de él y no tiene nada de afecto de hermandad. ¡Aun ni quiere llamarlo “mi hermano”! Las palabras del padre, “*tu hermano*,” amablemente le recuerdan de este hecho básico.

Lo que tristemente le hacía falta al hermano mayor era el sentimiento natural de alegría que debe venir—no solamente por recobrar a un hijo—sino por recobrar a *un hermano* también. En la parábola misma, éste era en realidad su *único* hermano. Cuán feliz debió haberse sentido al ver de regreso este hermano a ser parte de su vida, tal como su padre lo estaba al verlo regresar a su vida. ¡La alegría era, después de todo, la reacción verdaderamente natural para los dos ante un evento de tal magnitud!

Debemos Compartir el Gozo de Nuestro Padre

El Apóstol Juan nos ha recordado que “tenemos este mandamiento de él: El que ama a Dios, ame también a su hermano” (1 Juan 4:21). Inmediatamente después dice: “Todo aquel que cree que Jesús es el Cristo, es nacido de Dios; y todo aquel que ama al que engendró, ama también al que ha sido engendrado por él” (5:1). Si un cristiano ama realmente a su Padre celestial, él también amará a su hermano en Cristo, a quien reconoce como tal—no por su vida de obediencia—sino por su fe en Cristo para vida eterna. Si hay amor en el corazón del creyente para el Engendrador divino y para el Hijo engendrado, él naturalmente experimentará gozo cuando un hermano extraviado regresa al rebaño de Dios. Y al experimentar ese gozo, él “entrará en” el mero gozo de Dios mismo. O, en otras palabras, él participará de la fiesta.

La historia del hermano que se creía justo, hermano del hijo pródigo, nos da una lección saludable. Aun aquellos que permanecen en la comunión cristiana pueden llegar a estar tan lejos del corazón de Dios que pierden “la fiesta de gozo” de Dios cuando un caído regresa al

redil. Pero el mismo Padre lleno de gracia quien da la bienvenida a sus hijos e hijas pródigos de regreso a casa, también urge a sus hijos que se creen muy justos a ablandar sus corazones y unirse a la celebración.

Zane C. Hodges, *Grace in Focus*, Volumen 14, Número 1 (Irving, Texas: Grace Evangelical Society, 1999). Traducido por Pablo Paredes y Harold Krause, con permiso.